

EL BAÚL DE MÚSICA

por Alessandro Pierozzi

Una idea llamada "Souvenir de Italia" (II)

Todo viaje puede tener sus imprevistos: los que se nos han presentado parecen abismales, irreductibles, pero llegaremos a destino con el ánimo y las emociones a flor de piel. Nuestros queridos músicos, estoy seguro, seguirán acompañándonos en esta ardua tarea repartiendo, desde sus partituras, una brisa de frescor y unos pétalos con aroma a esperanza y amor, armas con las que, seguro, recorrieron Italia en sus años. Haendel, Sibelius, Berlioz, Rachmaninov, Mendelssohn, Strauss, Arrieta... Haendel, el compositor anglo-alemán, encontró en sus visitas a Florencia, Roma y Venecia (1706-1710), el elixir inspirador para una evidente transformación del lenguaje musical barroco en toda su extensión.

"Il caro Sassone", como así lo tildó el público italiano, se embebió de las virtudes de la ópera, el oratorio, el concierto o la sonata, absorbiendo lo mejor de Albinoni, Scarlatti, Perti, Corelli... De Alessandro Scarlatti aprendió a suavizar un, de por sí, estilo vocal alemán demasiado rudo, ya que "a Handel no le faltaba originalidad melódica ni contrapuntística, pero le faltaba el estilo 'cantabile' de las melodías, tan inconfundibles del 'bel canto' italiano", según comenta Bukofzer. Fidelizó con la tradición del Concerto Grosso a la manera de Corelli y la arrastró con desgarrada belleza hacia sus famosas arias como "Lascia ch'io pianga" de *Rinaldo* o el "Ombra mai fu" de *Xerxes*. En Roma conoció los favores de cardenales (Pamphili, Colonna), aristócratas (Ruspoli, quien le encargó su primer oratorio, *La Risurrezione*) o intelectuales y músicos de la Accademia Arcadia, un círculo que pretendía una renovación de los cánones estéticos y para la que compuso unas cien cantatas. Su última parada antes de volver a Londres se produjo en Venecia, con el estruendoso éxito de su ópera *Agrippina*, avalado por una platea entregada.

La relación de Sibelius con Italia ha sido largamente analizada por parte de bibliógrafos y musicólogos y, aún hoy en día, la admiración de los melómanos italianos hacia el nórdico queda intacta, celebrándose incluso un Sibelius Festival en el Golfo del Tigullio en la Riviera Ligure. En el arco de treinta años, Sibelius visitó Italia hasta en cinco ocasiones y son numerosos los reconocimientos oficiales que le fueron concedidos, entre ellos la Medalla del Cavaliere della Gran Croce della Corona d' Italia. La estancia más cálida fue en 1901, junto a su mujer e hijas, en Rapallo, provincia de Génova. Fue un momento de gran inspiración

creadora que le condujo a dibujar su *Segunda Sinfonía Op. 43*, una de sus obras cumbre. Y ello fue posible gracias al barón Axel Carpelan, un ferviente admirador y mecenas del compositor, quien le financió el viaje a Italia para pasar allí un otoño e invierno más cálidos. "Finalmente he encontrado un lugar ideal para disfrutar del Mediterráneo [...]; un jardín repleto de rosas en flor, camelias, plataneros, palmeras y almendros en flor; naranjas, limones, mandarinas...": sus palabras, un auténtico lienzo. Y su amistad con Busoni, y haber conocido a Mascagni en Viena... Y admirar la canción napolitana, y los paseos por Santa Margherita, Portofino y Chiavari o sus viajes a Roma y Capri, todo ello fue fuente de inspiración vital y artística,

"La última parada de Haendel en Italia, antes de volver a Londres, se produjo en Venecia, con el estruendoso éxito de su ópera *Agrippina*, avalado por una platea entregada"



Después de su Finlandia natal, el país favorito de Sibelius fue Italia, donde en el viaje de 1923, Sibelius y su esposa Aino se hospedaron en el Hotel Minerva de Roma (en la imagen, una postal de la época).

como se plasma, incluso, en el poema sinfónico *Tapiola*, con claros ecos mediterráneos.

Tras componer su celebradísima *Sinfonía Fantástica*, Berlioz gana el Prix de Roma en 1830, junto a Alexandre Montfort, con la Cantata *La mort de Sardanapale*, un prestigioso premio que el Gobierno francés otorgaba a artistas del mundo de la pintura, la escultura, la arquitectura o la música para una estancia en la Academia Francesa de Roma, cuya sede era la Villa Medici. Berlioz no era muy "amigo" de la tradición sinfónica italiana: "El arte instrumental es un libro cerrado para los romanos. No tienen ni idea de lo que llamamos sinfonía". Entre 1831 y 1832 viajó Berlioz por la región de los Abruzos, donde admiró las costumbres de sus habitantes y a los famosos pifferari (conjuntos de instrumentos de viento).

Con este bagaje se lanzará a escribir en 1834 *Harold en Italia Op. 16*, estrenada en París. Una partitura en cuatro movimientos para viola y orquesta, donde se evocan las escenas de *Las peregrinaciones de Childe Harold* de Lord Byron. La obra había sido un encargo de Niccolò Paganini, que acababa de comprar una viola Stradivarius y quería interpretarla él. Al ver el primer movimiento, el genial violinista no estuvo muy conforme con el resultado y declinó tocar la obra, aunque acabó pagando a Berlioz por el encargo (*Memorias*, cap. 45).

De Paganini circula la anécdota, puesta en entredicho por algunos biógrafos, que casi ya sin voz por su grave afección de garganta, causa por la que finalmente murió, fue a ver el concierto en el Conservatorio de París y se rindió al arte del maestro Berlioz y para mostrarlo se arrodilló ante él y besó su mano, comentándole a su hijo que aquello había sido sublime.

Este viaje, también en la radio, como ya anuncié en esta misma página en el número de abril de RITMO, continuará a pesar de los baches que el camino nos depare: la belleza y la sensibilidad de estas obras de arte nunca nos abandonarán.

Alessandro Pierozzi en [@biblioalex70](https://twitter.com/biblioalex70)

<https://alessandropierozzi.com>